

vecinas. Sus numerosos minaretes y sus grupos de blancas casas resaltan alegremente sobre el fondo oscuro de la montaña líbica. Un bello camino sombreado de mimosas, verdadero anden de jardín refrescado por el canal que lo flanquea, conduce desde la orilla

del río á una especie de porche que hay delante de un gran patio rodeado de casernas, ó cuarteles donde se alojan los arnautas y soldados del gobernador. En seguida se atraviesa un pequeño brazo del Nilo casi siempre seco. Pero en diciembre, las aguas se elevan



Borriquero.

y forman una bella cascada. A la parte de allá y á la derecha del puentecillo, está situado el palacio del mudir y su haren sin duda; porque al pasar oímos ruido de alegres gritos y risas, semejante al que forman los pensionistas de nuestros colegios en las horas de recreo: grandes árboles sobresalen de los muros y cubren con su sombra aquel singular retiro. Una calle estrecha y montuosa como las calles de Siena, pero no empedrada, conduce al centro de la ciudad. Las industrias locales llenan con sus productos los

bazares: riquísimos bordados para sillas de montar y demás jaeces; vidriado célebre y preciosas pipas. En medio del bazar hay dos magníficos baños, el uno construido por Cleopatra, el otro conocido por el mejor de todo Egipto sin exceptuar el Cairo-Syut fue en la antigüedad un centro considerable y acaso una de las ciudades asignadas á la casta militar. Los numerosos hypogeos ahondados en la montaña en que se apoya la ciudad, estaban destinados á los guerreros: dos solamente ofrecen aun interés: los demás se ha-

llan en un estado tan ruinoso que nos dispensan de hacer su descripción.

Syut es la capital del alto Egipto ó Said: sus al-

rededores, estrecha zona limitada por el Nilo y la montaña, se distinguen por una recrudescencia de vegetación. El invierno, nuestro invierno ha comen-



Hermant,

zado ya (20, 23 diciembre) y los campos sin embargo verdegean, florecen y embalsaman el aire como en la primavera. Algunas hojas místicas cuen de las mimosas; pero el trigo que acaban de sembrar brota á la vista; los naranjos, los granados, despojados apenas

de su fruto, aparecen cubiertos de botones casi florecientes. El narciso se entreaire en medio de los riscos de la orilla, y las violetas exhalan sus olores entre los zarzales. Las cañas de azúcar que se elevan en este sitio 5 ó 6 metros, echan ya nuevos retoños, cuando

se han cortado casi á vista nuestra. El tabaco, el cáñamo, el lino, sembrados en pequeños cuadros, traen al conjunto otra variedad de color. Entre los árboles conocidos, observamos una especie de palmera que vegeta sobre todo en el Egipto tropical: es el *dum*, que difiere del datilero en la forma y en el fruto. En lugar de un solo tronco, alto y coronado con ese gran penacho de largas y puntiagudas hojas, el *dum*, tiene generalmente dos brazos principales, guarnecidos de numerosas ramas en cuyas estremidades se forman unos pomos de hojas bastante cortas, doblándose bajo grandes racimos de vainas rojizas. Las regiones de la Nubia de que es á veces el único adorno, parecen cubiertas de gruesos erizos inmóviles de elevadas puas: su fruto grueso como una naranja prolongada, tiene la forma pero no el valor del coco. Su cáscara, gruesa y filamentosa encierra una parte mollar ligeramente azucarada, con un gran hueso en su centro. El *dum* da anualmente dos cosechas y los naturales comen el fruto fresco y lo emplean sobre todo en medicinas.

Una serie de hermosos pueblecillos: Abutig, sito en una eminencia entre el Nilo y la montaña; Mekela con su bello puerto, sus casas, construidas de *pisé*, especie de arcilla y sus grandes palomares de que se escapan á nuestra llegada inmensas bandadas de palomas; El-Realg con su apariencia de antigüedad; Suaghi, cuyo palacio parece una gran prision; Akmin la miseria y la suciedad en toda su desnudez, y sin embargo, con no sé qué de esplendor; El-Suitch y Menscheh, infestado de monges coptos; El-Huia, que se ciñe como una ajorca de blanco esmalte al pie del Djebel-el-Serath; todos estos pueblos unen á Syut con Girgeh, el favorito de Mehemet-Alí. Pero actualmente abandonado, mirando en el Nilo que lo devora sus numerosas mezquitas solitarias, languidece desheredada bajo el gobierno de un simple mamur. Sus habitantes se acuestan temprano y se levantan tarde, y así es, que sus puertas se cierran al oscurecer. Cuando nosotros llegamos hacia luna, y penetrando difícilmente en la ciudad silenciosa, soñamos mil bellezas nocturnas que la luz del sol debía desvanecer; bellezas que no eran otra cosa que caprichos de la penumbra, producidos al través de las construcciones por el brillo ideal de la luna de Oriente.

Después de Girgeh tan decadente, se ofrece Tar-chut sin pretensiones en medio de una gran plantación de sandías. De este punto es de donde en la primavera descendien hacia el Cairo y Alejandría esas montañas de melones y calabazas que llenan los mercados. Toda la margen está cubierta de anchas hojas y gruesos tallos que serpentean entre flores blancas y amarillas cuyo corazón desmesuradamente abultado, luego hará la alegría de los *fellahs*. Es un precioso

fruto la sandía admitida en todas las mesas y gratas á todo paladar. Su fama es universal y nuestras tropas cuando recorrian estos parajes le llamaban *Santa Sandia*. Ahora bien, nosotros, aunque escandalizara nuestra opinion, hicimos poco caso de este tesoro: no hemos tenido aun bastante sed para apreciar su perfume y su apenas azucarado jugo.

Desde Syut, el rio merece que se le mire tanto como sus márgenes; sus bruscos recodos, los esfuerzos que hace por sustraerse á la esclavitud de las montañas que lo oprimen y sujetan, varían á cada instante el aspecto de su curso. Ya manadas de búfalos vienen á abrevar hundiéndose de pronto en sus aguas; ya escuadras de magníficos patos las surcan hasta tomar tierra en los islotes de arena. Medio salvajes y sin dueño, pululan en las inmediaciones de Farchut; pero en vano procuramos matar algunos, pues sienten al hombre desde lejos y se refugian en las rocas. La gente del país sí hace en ellos gran carnicería hacia la primavera; porque en febrero es cuando la corriente saca á la orilla las sandías que se caen de los barcos demasiado llenos, y que los pájaros picotean á flote. Entonces los cazadores se cubren la cabeza con calabazas vacías en que hacen previamente agujeros para los ojos y la boca; después surgen el cuerpo en el rio y nadando entre bandadas de confiados patos, pueden pillar fácilmente uno en cada mano. Esta ingeniosa caza se repite sin cesar mientras dura el mes de los melones. Los patos no son los únicos habitantes de las lagunas: centenares de serpientes también se calientan allí al sol; de vez en cuando pasa una cigüeña, picotea un reptil ó dos y los guarda en su ancho buche.

Cuando perdíamos de vista á Farchut, el dragoman nos hizo observar sobre un cerro cerca de la orilla, un grupo, cuyas posturas y gestos, no comprendimos bien á primera vista: componíase de hombres y mujeres que llevaban envoltorios y objetos menudos, y se inclinaban alternativamente ante un viejo completamente desnudo y asistido de un compañero vestido ricamente.

—Aquel es el jeque Selim y su criado, nos dijo el dragoman, el santo que se hace escuchar de los cocodrilos y maldice á los que pasan sin hacerle reverencia. Ved cómo da á besar su mano.

—Y ¿qué hace con lo que le dan?

—Lo reparte casi todo entre los pobres y con el resto viste á su criado.

El jeque Selim, gracias á algunos *talares* y á una libra de tabaco, nos recibió amistosamente y nos aseguró un buen viaje. El santo varon es en verdad un ser inmundo, lleno de miseria ostensiblemente. Mirando solo á las regiones superiores, no tiene tiempo que perder en el aseo mundano; y si en las grandes ceremonias consiente vestir una túnica

de seda, muy luego vuelve á su desnudez y miseria.

«No admirarse de nada» es la divisa del sabio, y por otra parte los ascetas han pululado siempre en la Tebaida. El jeque Selim se cree el sucesor de los Pablos y Marías egipcias: me habló también de hacerse construir una columna para vivir allí en equilibrio hasta el fin de sus días mas cerca del cielo á que aspiraba.

Pero hablemos de cosas mas importantes. Tebas se acerca. Pasad, Keneh, antigua Tentirys, donde Cleopatra edificó un templo á Denderah, Gamonh, Hamandi, ricos cultivos, encantadores bosques de la orilla arábica. La cadena líbica está en toda su potencia: á su pie Gurnah, Medinet, los Colosos, la Memnonia; en la otra margen, Luksor y Karnak desenvuelven sus colosales palacios llenos aun de la gloria y de los nombres de Thutmosis y Rhamses.

En esta tierra agotada por el poder que ha mantenido, el hombre tiene hoy poco lugar: un caserío en Luksor, cabañas en Medinet, en Gurnah algunos sepulcros habitados; hé aquí toda la parte de una vida desmedrada y miserable en estas márgenes famosas por los dioses, los reyes y las obras maestras. Pero en esta vasta llanura, limitada por el lejano circo de las dos cadenas ribereñas, la soledad está poblada de innumerables visiones: las naciones muertas dejan algo en el aire y los pensamientos vuelan aun donde no hay cerebros ya.

Luksor, punto meridional de Tebas en la orilla arábica, conservados importantes series de edificios. En primer término, partiendo del Sur, el templo palacio de Amenophis-Memnon, unido al Nilo por *propyleos* donde contamos cuarenta y cuatro altas columnas. El fondo del templo se enlaza sin intervalo al palacio propiamente dicho: en una de las últimas salas, decoradas todas con bajo-relieves é inscripciones Amenophis tenia un oratorio donde está representado en actitud de adoración: cuando él no queria ir á los dioses, los dioses venian á él. Su nieto Rhamses-Sesostris se estableció muy cerca de allí. Cuatro pilonos medio arruinados dan entrada á un recinto formado aun con ochenta columnas: columnas por todas partes, tantas como álamos en nuestros campos. Mas adelante, hacia el Norte se alzan otros dos pilonos mas grandes, gigantescos, precedidos de cuatro colosos que tienen 10 metros de altura: delante del coloso oriental, como si este guerrero, después del combate hubiera clavado su lanza en tierra en señal de eterna paz, aparece su magestuoso obelisco con esta inscripción: «El señor del mundo, sol guardador de la verdad, aprobado por Phre, hizo construir este edificio en honor de su padre Ammon-Ra y le erigió estos dos obeliscos de piedra delante del Rhamseion de la ciudad de Ammon.»

Una via antigua de 2 ó 3 kilómetros nos condujo

desde los pilonos de Sesostris á las ruinas de Karnak: á nuestra izquierda brilla el Nilo medio cubierto aun con la sombra de su orilla oriental; á la derecha la montaña abatida por este punto deja llegar á nosotros los primeros rayos; por aquí y por allá grandes escarpas de ruinas cubiertas de salitre ó bien una esfinge derruida: un millar de estos monstruos flanqueaban el camino, pero no se cuentan ya mas de ciento. Muy luego la inmensa serie de edificios se desarrolló á nuestra vista uniendo el Nilo á la montaña arábica.

Esta parte de Tebas ocupaba 130 hectáreas, cerrada con un recinto de ladrillo crudo visible aun en algunos sitios: lo que resta no es la décima parte de lo destruido, y hasta sin embargo para confundir al espíritu mas audaz. Grandes pilonos construidos y decorados por Rhamses-Meamun, de la dinastía XIX y separados del rio por ruinas de colosos de esfinges y de gradas, forman la entrada de un gran patio flanqueado de templos antiguos y cubierto de bajo-relieves por una dinastía originaria de Bubaste. De doce fortísimas columnas elevadas por reyes etiopios, una sola se ha salvado de la ruina. Detrás del patio, comienza un bosque simétrico de columnas paralelas. ¿Y qué árbol tendria el diámetro de las doce cañas que forman la columnata central? Aquí está la sala *hypostyla*, la maravilla del Egipto. En las sombras cruzadas de estas treinta columnatas habita un pueblo de bajo-relieves y geroglíficos innumerables suben como una plaga de escarabajos al asalto de los muros y de los chapiteles monolitos.

Entre la sala *hypostyla* y la montaña se suceden la *Galería de los colosos*, cuyos ruinosos pilares sostienen sesenta estatuas gigantescas; un patio lleno de escombros, un templo de granito rosa flanqueado por dos series de aposentos destinados en otro tiempo á un colegio de pontífices; la *Galería de los reyes*, donde la antigua Mæris hizo esculpir á lo largo de los muros en cuatro hileras sobrepuestas sesenta Faraones, antepasados suyos; finalmente, grandes espacios llenos de miembros de esfinges, de trozos de triadas de granito rosa y de yeso, dos pilonos arruinados, dos *sekos* adornados de colosos y un propilono completamente desnudo que confina con el muro del recinto. No olvidemos los obeliscos: dos pequeños delante del templo rosado, dos grandes en medio de la galería de los colosos, á la salida de la sala *hypostyla*, el mas bello de todo el Egipto, obra de una reina Amensé que vivía en el siglo XVII antes de nuestra era, y se hacia llamar el *rey del pueblo obediente y la hija del sol*.

Al Norte los Ptolomeos colocaron series de carneros, colosos y *propileos*: de aquel esplendor solo queda ya un propilono colosal de ricas esculturas perfectamente conservadas. Al Mediodía, cerca del Nilo, y

unidos en otro tiempo por cuatro pilonos y una doble serie de esfinges, se desenvuelven las imponentes ruinas del templo de Kons, ó gran templo del Sur: es un edificio de las dinastías XIX y XX. Los Ptolomeos le dieron la última mano. Finalmente, Augusto terminó un pequeño santuario dedicado por Everge-

tes el Ventrudo á una tal Cleopatra, su mujer y su hermana.

Karnak y Louksor no son mas que la mitad de Tebas. En la margen izquierda Mæris, Menephta, Amenophis, Sesostris y Rhamses III construyeron magníficas viviendas: los reyes etiópicos, los Ptolo-



Almea ó bailarina egipcia.

meos y los Antoninos completaron ó repararon la obra de sus antecesores. Los cimientos de Medinet están formados con las ruinas del templo-palacio de Rhamses III. La vista perdida en medio de los inmensos patios, de las columnas, de los colosos, de los bajo-relieves y de los geroglíficos que simbolizan la apoteosis de Faraon, se detiene y reposa en las proporciones mas modestas de un palacio precedido de dos pilonos y de un estrecho patio; el gran pabellon del fondo presenta tres pisos decorados

con gusto, balcones sostenidos por carátides de medio relieve; las esculturas interiores están llenas de detalles íntimos ó familiares. Aquí estuvo el gineceo de Rhamses III. A alguna distancia, al pie de la cadena líbica, el palacio de Sesostris, tenido mucho tiempo por el sepulcro de Osymandyas, llena el suelo de ruinas de colosos y muros. Mas adelante en la llanura se alzan dos estátuas sentadas de 20 metros de altura, puestas por Amenophis en medio del cuartel funerario de los Memnonias: el uno es el cé-

lebre coloso de Memnon, que á dar fe á las numerosas inscripciones de testigos auriculares, producía al salir el sol armoniosos sonidos. Mas lejos y mas ar-

riba, al Norte, Menephta, padre de Sesostris edificó el palacio de Kurna, de modestas, pero elegantes proporciones, donde Champollion vió un pre-



Medinet.—Palacio de Rhamsés III.

cioso resto del mas bello periodo del arte egipcio.

El valle fúnebre donde yacen las dinastías tebanas, se abre en la montaña líbica y se dirige hácia el Oeste. En estas habitaciones occidentales colocó el espíritu simbólico de los pontífices el *amenthi*, supremo tribuno donde se sienta Osiris, asistido de Thmei

(Temis) Horus, Apis y Anubis, y aquí tambien, en las entrañas de los montes es donde se reúnen los cuarenta y dos jurados, hombres-serpientes, ibis, chacales ó cocodrilos. Estiéndese al muerto sobre un *bari* místico, escoltado de Nephtys y de Isis; al pie del trono de Osiris hay un monstruo donde